

## Solo para fumadores

JEREMÍAS GAMBOA

La primera vez que leí “Solo para fumadores” era un periodista joven que consumía una cajetilla de cigarrillos Marlboro al día; recuerdo que leí el texto con la fascinación y el temor del aspirante a escritor que se encuentra con un texto que parece romantizar la épica destructiva de un oficio malhadado, pero inevitable. La segunda vez ya fue a mis treinta, fumador ocasional de Pall Mall, aferrado al texto para convencerme de dejar el hábito de fumador. En la tercera, hace apenas un par de años, cuando guie un taller de lectura de una serie de obras maestras breves de la narrativa peruana, ya llevaba muchos años sin fumar sin inquietudes, salvo las que sentí al repasar aquellas páginas llenas de humo, que sirvieron como prueba de una voluntad abstemia. En todo caso, durante las tres lecturas siempre tuve la misma sensación, que me parece la manifestación más palmaria del fondo de una verdadera pieza literaria, aquella que defiende dos ideas antagónicas a la vez, negándolas y afirmándolas de manera incombustible. Según se mire, “Solo para fumadores” se puede leer como una defensa demencial del vicio del tabaquismo del mismo modo que como una narración aleccionadora de las miserias del vicio. Es un texto que se presenta como un dispositivo problemático para quien se acerque a él. Un lector que no fuma podría terminar prendiendo un cigarrillo por primera vez en su vida después de leerlo, del mismo modo que podría convencer a un fumador compulsivo de dejarlo de una vez por todas.

“Sin haber sido un fumador precoz, a partir de cierto momento mi historia se confunde con la historia de mis cigarrillos”, escribe el narrador en el arranque del texto. Se trata de una forma particular de contarse, o de recontar su vida, a partir de un movimiento lateral, que esconde a quien narra bajo una bruma de humo debido a la operación de reemplazar al “yo” por su actividad más constante y problemática, cara o sello—según se mire— de la propia escritura. Fumar y escribir son casi actos previos al ser o al estar. Constituyen el *self* como vicio y entidad. La genialidad de “Solo para fumadores” proviene en buena medida de este primer gesto de enunciación. Muchas de las historias mínimas en primera persona de la literatura actual (desde las historias portátiles de los bartlebys de Enrique Vila Matas a las autobiografías ficcionales de los personajes de Alejandro Zambra en *Mis documentos*, por hablar de dos autores que homenajean al autor peruano) derivan de este primer gesto elusivo del narrador ribeyriano.

Incluida como una pieza del conjunto *La palabra del mudo*, “Solo para fumadores” se podría considerar como un cuento, pero la verdad es que excede largamente esa categoría. El propio Ribeyro lo llama “un relato” y, en otro momento, “una confesión”. Mi impresión es que es ambas cosas, pero también una pequeña novela de no ficción o, si se quiere, de autoficción, o incluso una reformulación de la autobiografía, lo que la acerca más a los textos que no se incluyen en el conjunto de la cuentística del autor. En ese sentido, “Solo para fumadores” es una pieza narrativa que, a mi juicio, forma parte de la mejor veta de la obra de Ribeyro: aquella que escapa de la agenda del intelectual orgánico que le da voz a los otros sociales o culturales (y que alcanza con “Al pie del acantilado” su máxima expresión) y que, más bien, se enuncia desde la experiencia cosmopolita del autor, tanto como de su inclusión en la clase media ilustrada y en el límite del ensayo y el aforismo. El cuerpo del texto de Ribeyro combina magistralmente los episodios de su vida de fumador, que recuerdan muchas de las entradas de los diarios de *La tentación del fracaso*, así como la digresión y el ensayo de las *Prosas apátridas*. Aquello que en el autor limeño ha sido voluntario o involuntario registro de la vida del escritor, de sus trashumancias, proyectos y realizaciones lo mismo que infortunios, tienen en esta su pináculo: pocas veces Ribeyro es tan irónico, divertido y pocas veces llega a los límites del humor negro y despiadado en tan pocas páginas como en este texto que reúne todos esos ingredientes con total intensidad. A todo eso habría que agregar la presencia del cuerpo propio, que aquí se muestra en toda su decadencia frente al vicio del tabaco y hasta el sino de la muerte.

“Mi historia se confunde con la historia de mis cigarrillos...”. Ribeyro va mucho más allá. Él mismo parece confundirse, o fundirse, con uno de ellos. Desde el momento inicial, o fundacional, cuando se une al patio de letras de la San Marcos, lo que de alguna manera marca el inicio de su vida semipública como aspirante a escritor o de su vida “para los otros”, el chico tímido aparece ya fundido con ese suplemento de seguridad que termina siendo necesidad, acicate y hasta talismán de su vida de escritor. El cigarrillo mismo representa el sentido de la vida. Como esas páginas escritas que a veces se hacen humo (Ribeyro llega a vender sus propios libros al peso para comprar cigarros), la propia vida se presenta como el texto, breve y fugaz. La experiencia de la vida es algo que se consume, como los cientos de cigarros de todas las marcas y formas que el escritor rememora de sus periplos por Lima, Ayacucho, Alemania y, sobre todo, París. Cigarrillos que el escritor consume y lo consumen hasta el momento en que, al borde de los 58 años, se sienta a repasar su vida en el tiempo que le tome mantener a su lado un cigarrillo prendido, condición indispensable para realizar esa labor de tintes tanáticos que es la escritura para Ribeyro. En ese sentido, el cierre es magistral. El autor está en Italia y cierra el texto porque se le ha acabado el tabaco y necesita uno para seguir escribiendo o viviendo.

Pese a su extensión, “Solo para fumadores” es una obra mayor, de cierto modo un anuncio y contracara de esa otra gran autobiografía de la literatura peruana que es *El pez en el agua* de Mario Vargas Llosa. El paralelo es sugerente. Vargas Llosa tenía 57 años cuando salieron sus memorias, casi la misma edad de Ribeyro cuando se publicó su breve autobiografía. En el recuento de media vida de Vargas Llosa, apasionado y deslumbrante, el inicio del “yo” es preciso y casi determinante: la irrupción de la imagen autoritaria del padre y la consecuente rebeldía del niño y del adolescente como instancias previas al escritor que definirá su escritura como resistencia al poder. No hay tal punto de partida dramático en el recuento de Ribeyro, solo esa gris confusión entre vida y vicio, entre fuerza creativa y decadencia, que signa a un autor que no se define por las fuerzas eróticas de la vida sino por las tanáticas. Lo que en uno son conquistas, ampliación del campo de acción, propósitos y logros, o transformaciones, en el otro es solo la falta de acentos y de ascensos, de ausencia de victorias o cambios y, más bien, la recurrente preminencia del vicio. En Ribeyro, el paso del tiempo es como el simple deshojarse de las cosas, de los días y de una vida que acabará en cenizas, como los propios cigarrillos.

“Veo además con aprensión que no me queda sino un cigarrillo, de modo que le digo adiós a mis lectores y me voy al pueblo en busca de un paquete de tabaco”, cierra su texto Ribeyro. Al final de cada relectura, como esta cuarta que hago para escribir este texto, siempre está el flaco, aún vivo, pegado a su cigarro.